

Capítulo 1

I. EL MISTERIOSO EMBOZADO

Ante la menguada luz que asoma del interior de la venta, dos siluetas se recortan y proyectan su sombra sobre los ennegrecidos muros traseros. De súbito, una de las fantasmagóricas figuras, la que susurra con voz meliflua y un sutil acento extranjero, desliza su mano hacia la testa y en menos de un tedeum, el silencio de la madrugada es roto por el último estertor de aquella alma moribunda que se despide así del mundo de los vivos.

La sombra ejecutora sale de escena como ánima que lleva el diablo, no sin antes extraer de la ropilla del caballero el preciado objeto. Su boca parece esbozar una leve sonrisa de triunfo al imaginar lo bien recompensados que van a ser sus servicios.

Desciende hacia la puerta del Arenal. En un callejón mal iluminado, espera un carruaje cuyo blasón pintado en la portezuela apenas se vislumbra. El cochero, un inmenso negro de anchas espaldas, se endereza en el pescante alertado por el resonar de pisadas en los adoquines. Ante él se materializa una oculta figura.

-¿Está el ruiseñor en la ventana? -pregunta el hombretón, calándose la montera.

-No voló a hora temprana -susurra una voz deformada por el manto que cubre su rostro.

Al evidenciar que se trata del santo y seña convenidos, el criado abre la portezuela y deja que se acomode en el asiento. Una vez hechas las comprobaciones de que todo está en orden, el restallar del látigo indica que el cochero ha iniciado el camino de regreso hacia la calle de la Carpintería. Entre tanto, el matador rememora lo arduo que ha sido conducir al confiado escribano hasta el ventorrillo y rumia para sus adentros «el patán se lo merecía», «quien tan alto aspira debería tener mejores entendederas y no dejarse gobernar por tan bajos instintos».

En una travesía oscura y tortuosa, la figura embozada ordena al cochero parar. Se adentra en el tragadero de aquel laberinto de callejas, sorteando el abandono de la luna, cual murciélago en oscura caverna. Solo se percibe el roce de las faldas sobre el pavimento. Con gráciles movimientos sube las gradas que conducen a la morada del mercader portugués.

Resuenan en el silencio de la madrugada, los golpes de la aldaba de bronce con cabeza leonina, abiertas sus fauces a modo de advertencia. Se escucha un entrechocar de cerrojos y al momento la silueta de un viejo criado sin librea se recorta en el umbral. El fámulo conduce a la oculta figura hacia el calor las cocinas. En la penumbra, iluminando su rostro por el fuego que calienta el caldero, le espera un hombre de mediana edad, de rostro aceitunado, barbinegro y de ojos oscuros como la pez. Va vestido a la antigua usanza, de negro riguroso, con jubón de color marfil, sobre el

que lleva ropilla y calzas ahuecadas negras, rematan sus pies unos borceguíes de cuero.

Al abandonar el sirviente la estancia, el embozado tira del velo que cubre su rostro, dejando al descubierto aquel prodigio de belleza.

-Francesca, ¿sois vos? -pregunta confuso don Diego.

-Es que acaso, ¿no me reconocéis?

Al verla de esa guisa, cubierta con medios mantos de anascote, los pechos emblanquecidos con albayalde y los labios con ese rojo encendido, sabe al punto que es una maestra del engaño y el artificio y se obliga a hacer una promesa, «de aquí en adelante debo ser más cauto» al reparar en el dominio que ejerce esta Venus sobre los hombres y sobre el mismo.

-No agora soy Floresta, una simple meretriz del Compás de la Mancebía - responde la dama acortando las distancias entre ambos.

-A fe que sois la viva imagen de las coimas del Arenal, si no fuera por esas dos esmeraldas que prenden de vuestro rostro, no os hubiese reconocido.

-Las ropas se las compré por cuatro blancas a una desarrapada que andaba por los alrededores de Santa María la Blanca.

El mercader se acercó a un estante, bajó una botella de Alanís y llenó dos copas con el caldo ambarino, invitándola a que se sentase en un banco corrido cerca del fuego del hogar.

-Y decidme, ¿lograsteis que os entregará la llave? ¿se dejó untar?

Mientras la interrogaba no dejaba de tamborilear los dedos sobre la mesa, haciendo patente su impaciencia por conocer todos los detalles.

-No, primero intente que se rindiera a mis encantos, como vi que esperaba algo más, me saqué de la faldriquera la escarcela con cuarenta escudos de oro, mas cegado por la codicia pidió más. Trate de hacerle entrar en razón mostrándole las monedas recién acuñadas con el escudo del rey nuestro señor, pero se rio en mi cara y me dijo que para acallar lo que él sabía eran

menester más dineros, así que sabiendo la cosa perdida, no me quedo otra que mandarlo a criar malvas.

-¿Vos misma habéis sido capaz de quitarle la vida? -murmuró horrorizado el mercader, acariciándose la barba salpicada de canas.

La mirada de la dama se clavó en su anfitrión como flecha en la diana.

-¿Y qué si no iba a hacer? ¿Llamar a un valentón para que lo esperase en una callejuela oscura y lo destripase? -continuó Francesca ofendida-. Que poco me conocéis, yo misma me sobro y me basto.

-¿No os sorprendería nadie?

Los iris verdes de sus ojos lo miraron con desprecio.

-Por quién me tomáis, en menos de un Ave María mi pasador de pelo lo ha despachado, se lo he clavado en el mismo corazón al muy puerco.

La pequeña cicatriz que tenía junto a su boca acentuó aquella sonrisa maléfica. Por un instante el mercader sintió un inmenso remordimiento en su interior. Pero la comezón dio paso a la curiosidad y siguió con sus indagaciones.

-Luego entonces la llave...

-No temáis -le tranquilizó Francesca-. La llave loado sea Dios la traía

consigo, se la arrebaté de la ropilla y agora obra en mi poder.

Y sin ningún recato, extrajo de su escote el preciado tesoro, sabiendo que daba contento a los ojos de su anfitrión. Este encendido por un ávido deseo, le tomó las manos y las cubrió de besos, sin que la dama opusiera la más mínima resistencia.

Después de apurar la botella de Alanís, don Diego se levantó del banco y extrajo una cajita de rape, sacó una pequeña cantidad de tabaco y la aspiró, eso lo tranquilizó.

-Es menester pues que no os demoréis en traerme el fruto de mis desdichas, pues desde que ese rufián de escribano me asaltó amenazándome con relatárselo a don Miguel de Mañara, estoy que no vivo en mí, si ese documento llegará a caer en manos de mi adversario perdería el favor del rey, y con él, la carta que con la que me dio permiso para tratar y contratar en las Indias -suplicó el portugués.

-Sosegaos no perdáis la calma, eso no va a ocurrir, estáis de norabuena, pues la rueda de la fortuna me ha nombrado centinela de vuestros desvelos.

-Si se descubren los estatutos estoy perdido yo y mis descendientes, me expulsarán de la Orden de Santiago y no podré comprar cargos militares o eclesiásticos para mis hijos. Plego a Dios que el maldecido no se haya ido de la lengua y le haya contado mi secreto a los Mañara.

-¿Y por qué quiere a vuesa merced desta suerte?

-Porque tiempo ha me tiene ojeriza.

-Muy grave tuvo que ser la afrenta.

-Lo cierto es que quedó malparado frente los ojos del rey y quiere cobrársela □sentenció el rico comerciante.

-Tranquilizaos, ya he urdido una empresa que no puede fallar, confiad en mí, yo os sacare deste desaguisado.

-Que Dios me ampare, si no lo perderé todo, los mayorazgos, los títulos. Señora, necesito que vos me ayudéis, no puedo caer en desgracia.

-Juro cierto que así será, mas vos también debéis cumplir con lo prometido o...

No terminó la frase, más no hizo falta, el destello de sus ojos felinos fue suficiente para que el mercader supiera que si no cumplía con su palabra, estaba sentenciado.

-Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán más pronto que tarde. Soy un hombre de honor y como tal, os doy mi palabra de que así será.

De pronto sus ojos adquirieron un brillo extraño y sin más miramientos, Francesca dio media vuelta y con la gracia y donaire que la caracterizaban, ocultó su rostro con el volante y se dispuso a salir a la calle.

-Adiós vayáis -se despidió la misteriosa dama.

-Con el quedéis.

Una vez solo y recogido en su aposento, don Diego rumio todo lo acaecido esos aciagos días, tendría que depositar toda su confianza en ella aunque era harto difícil hacerlo, pues bajo la finísima piel de cordero se ocultaba la loba que llevaba dentro. « ¿A cuántos incautos habría hecho perder la

sesera? ¿A cuántos habría liquidado? ¿Sería su primera muerte? No lo creía así, a buen seguro que el escribano no sería el último». Se removió en el lecho inquieto. « ¿Cómo era posible que en aquella beldad cupiera tanta maldad?» Le parecía una locura pero al relatarle lo que le hizo al escribano parecía deleitarse con los detalles más lúgubres. Después de todas estas cavilaciones al fin llegó el sueño y cayó en los brazos de Morfeo.

II. EL MERCADO DEL BARATILLO

Era ya bien entrada la mañana, el Arenal era un hervidero de personas, marineros y navegantes, alguaciles y corchetes, funcionarios de aduana, almojarifes, viajeros, carreteros, cargadores y trabajadores de diversos oficios se afanaban en los suyos. Alonso se adentró entre ellos buscando a una presa fácil a la que robarle la bolsa repleta de dineros. Y ahí estaba, aquel perulero venido de tierras allende los mares, que sudaba profusamente y andaba patizambo, sería su próxima víctima.

Desde muy temprana edad, tuvo que aprender a sobrevivir y a buscarse el sustento a salto de mata en aquella Sevilla peligrosa, donde la parca acechaba en cualquier esquina. A su madre, criada de oficio se la llevó la peste, y según decían las malas lenguas era hijo del amo, un rico indiano que hizo fortuna en el Pirú.

Hacía más de cuatro años que entró en la cofradía como novicio, pero más pronto que tarde aprendió las artes del hurto y ahora se había convertido en un cicatero experimentado de día y un habilidoso escalador de noche, trepando por los tejados de Sevilla. Era tal su maña, que no solo cortaba la cuerda de las bolsas de los dineros, sino también las de las faldriqueras, y a veces no eran dineros lo que se deslizaba entre sus dedos, sino también lienzos y cajitas de rapé.

Gracias a su habilidad en el oficio, llegó a ser cofrade siendo todavía solo un pequeño raposo.

Avistó a los postas, el uno, apoyado en los muros de la iglesia y el otro haciendo la ronda de vigilancia en el otro extremo de la plaza. El perulero, hombre de alto cuerpo, seco de rostro, entrecano y de nariz roma, se paró a conversar con un mozo caballero de buen porte, enormes bigotes rubicundos y ojos saltones. La conversación empezó a subir de tono y para cuando iban a llegar a las manos, el muchacho habilidoso, cortó de un solo golpe los hilos de las dos cicas, la del estudiante y la del indiano del Pirú, duplicando así sus ganancias. Ahora era importante volatilizarse, no fuera que al echar mano de sus dineros diesen la voz de alarma y los corchetes del corregidor le cayeran encima; a la Fortuna la pintan calva, era mejor no tentar a la suerte y perderse por otros lares.

La mañana había sido provechosa y decidió encaminarse hacia el Baratillo, allí vendería el fruto de la rapiña. Una cajita argenta de un mercader que sustrajo a las puertas de la Iglesia de San Andrés y el rico rosario que llevaba una dueña en la faldriquera.

Salió por la Puerta del Arenal, paso cerca de la Cruz de hierro, llegando al

mercado del Baratillo donde todos los escaladores, cicateros, guzpatareros, devotos de maese Juan, desmontadores, hombres de leva y monte y demás ladrones, brindaban sus mercancías (capas, dineros de las cajas de las limosnas, lienzos, vajillas de plata y otras piezas ostentosas de las casas que despachaban) a cambio de reales con los que comprar comida caliente, un jergón, vestidos y una manceba con la que yacer.

Alonso levantó la vista hacia las comadres que vendían frutas y verduras al otro lado de la calle.

Después se acercó a un puesto y ofreció su mercancía.

-¿Cuánto me darías por esta cajita de plata? -preguntó el joven.

-Si no vale ni un ardite -le gritó Nicolás.

-¿Y por este rosario?

-Es una baratija -vociferó el tendero-. Te doy diez blancas por todo.

-Me tomas por necio, si no sabes apreciar una joya cuando la ves, será mejor que se la ofrezca a Tomasino.

-Espera -dijo Nicolás- te ofrezco siete maravedís y no se hable más - replicó asomando a sus labios una discreta sonrisa conciliadora.

-Hecho.

Entregole el usurero las monedas muy de mala gana, pues sabía que con Alonso no valía el engaño, tal vez con el siguiente rufián fuese más sencillo.

El puesto de Tomasino lo regentaba ese mediodía su mujer, Alonso sonrió para sus adentros, le haría requiebros y quizás podría arañar algunos reales más del joyero de oro que hurtó en el Palacio de los Condes de Santa Coloma.

-Buenas te de Dios, hermosísima Beatriz.

-¡Válgame el cielo Alonso!, que zalamero eres -contestó azorada.

La joven hermozeaba más que otros días. La faja que modelaba su talle realizaba también sus opulentos pechos insinuados bajo la camisa baja. Era vulgar y hermosa a la vez, morena y de aire garboso.

-¿Y el bueno de Tomasino? -bromeó Alonso mientras lo buscaba por los puestos de alrededor.

-Al bueno de Tomasino, ni me lo mientes, anoche me lo trajeron sus dos compadres de la taberna del Rinconcillo, beodo y malogrado, al parecer hubo riña y salió mal parado, y ya ves aquí estamos, trabajando como una mula para que a él me lo desplumen en un santiamén.

-No tengas pena vida mía, que no vea yo triste esos hermosos luceros que dan más vida que el propio sol.

-Calla truhan que me vas a sacar los colores.

-Mira lo que te ofrezco ¿Qué te parece?

-Es un joyero ricamente trabajado ¿De dónde lo has sacado? Mejor no me lo digas, no quiero saberlo. ¿Cuánto pides por él?

-Cuarenta reales.

-Mucho pides bandido, es verdad que el objeto es una joya muy rara, pero...

El joven sintiendo una ardiente desazón, cercó a la mujer y en un susurro

-le dijo-. Si yo fuera vuestro señor no habría joya en el mundo que no

para estar al tanto de quien era el gallo de aquel corral y al punto se fue derecho a por él, hizo las saludes y en lo que dura un suspiro le puso un pastorcillo en el gaznate, que traía escondido, fue mano de santo. Saturno era bien conocido en toda Sevilla, su mayor hazaña, ser uno de los pocos soldados de los tercios que sirven a nuestro rey, supervivientes de Rocroi y los pobres que no lo conocían, más pronto que tarde sabían que debían andarse con ojo. Durante su estancia, apenas pudo dormir por el griterío y la suciedad que prodigaba ese infecto lugar. Cuando lo hacía, se acomodaba en un rincón más o menos libre de ratas y de rateros, embozado en su capa.

Apostado en la fachada principal de la cárcel que daba a la calle Sierpes, parpadeó ante la claridad cegadora del mediodía. Valiéndose de la diestra a modo de visera, vislumbró la rotunda figura de la Escarramana, se enderezó el espeso bigote que le daba una impronta de guerrero aguerrido y le salió al paso. La coima se abalanzó sobre su hombre, pero retrocedió al comprobar que apestaba.

-Ya tendrás tiempo de recompensarme esta noche -le dijo el rufián mientras estampaba un manotazo en el poderoso trasero de la hembra.

-Trae pa ca la capa, apesta y está llena de chinches.

III. LA CASA DE CONTRATACIÓN

Con su nueva identidad, consiguió que le abrieran las puertas al Salón de los Almirantes de los Alcázares Reales. Era veterana en eso de correr peligros, más, que era la vida sin ellos. Su siguiente paso sería encontrar el bargueño del escribano real. Fue empresa fácil, meterse en la piel de una desconsolada viuda de capitán de navío que había naufragado en aguas septentrionales. Su magistral actuación, le granjeó la entrada al auténtico lugar donde se cocinaba todo lo que acontecía en Sevilla.

Después, solo fue cuestión de esperar la ocasión. Mientras el oficial se ausentó del lugar en busca de los documentos, penetró en la habitación contigua y se ocultó en un arcón. Cuando el funcionario volvió y no la halló allí, pensó que el dolor la hizo volver a su morada.

Nada más tener la certeza de que no quedaba nadie en el edificio, salió de su escondrijo, entró en la sala principal y se acercó con sigilo al bargueño quitándose la cadenita donde llevaba colgada la llave. Con el pulso acelerado la introdujo en la cerradura del cajón central.

-¡Por la sangre de Cristo, ese bribón cambió la cerradura! ¡Hideputa! - maldijo Francesca, montada en cólera.

Había sido burlada y no lo podía soportar, un regusto amargo subía desde su interior, el fuego ardía en sus mejillas. Tenía que marchar de allí, los alguaciles irrumpirían de un momento a otro, si la sorprendían en la sala, se iba a encontrar en un brete.

El silbido rompió el silencio. Era la señal convenida. Los matasietes armados hasta los dientes, cayeron sobre los porteros de la Casa, facilitándole así la huida.

Apenas lo podía creer, erró en sus cálculos. No lo podía consentir, estaba lívida y desencajada, sentía sus fuerzas desfallecer, la furia la golpeaba

mancebía? -preguntó bostezando sonoramente, como si le aburriera una conversación tan tediosa.

-Sí, los corchetes han estado preguntando por una tal Floresta, que es como se hace llamar la muy bellaca. Mas lo único que han sacado en claro del resto de las coimas, es que era nueva por la mancebía y muy hermosa a un punto, pero desde esa noche nadie la ha vuelto a ver, es como si se la hubiese tragado la tierra, se ha esfumado como ánima que lleva el diablo.

-Eso no puede ser posible, alguien la ha tenido que ver.

El oficial tragó saliva de modo ostensible.

-No, ha desaparecido o la han hecho desaparecer -afirmó el funcionario.

El noble, visiblemente cansado de la conversación, decidió tomar cartas en el asunto y terminar con aquello.

-Bueno y esto que me estáis contando, ¿qué tiene que ver con el asunto que me venís a relatar? -preguntó-. Os suplico que no os andéis con florituras.

El numerario se disculpó ante el noble y continuó con lo que venía a contarle.

-Mucho don Miguel, a don Antonio le han asesinado por un documento que compromete a un comerciante muy importante desta ciudad, estoy seguro de que la meretriz mató al escribano por encargo de ese mercader.

-¿Y cómo estáis tan seguro? Es que acaso...

-Sí, don Antonio días antes de morir, ya barruntaba algo. Tenía miedo, me llegó a confesar que en sus manos había caído un documento que comprometía a un rico mercader que goza de un favor especial de su majestad, nuestro rey Felipe IV.

-¿Y por qué me lo contáis a mí? ¿Qué tengo yo que ver en todo esto? -inquirió el noble enarcando una ceja.

-Me dijo que si le ocurría algo, acudiera a vos y que solo os dijera el nombre del comerciante.

-¡Válgame Dios! ¿No será...?

-Don Diego Paiva -dijo afirmando la voz a duras penas.

-Acabáramos, no podía ser otro. Esa alimaña, ya sabía yo que ese ser vil y despreciable tenía algo que ocultar. Desde que llegó a Sevilla supe a un punto que solo me acarrearía problemas a mí y a mi familia. Y ¿no os contó nada más? ¿No os confió de qué se trataba? Acaso os dijo, ¿qué contenía ese documento?

-No, solo me aseguró que si lo que esconde llegara a manos del rey, este caería en desgracia y perdería su favor para siempre -respondió con voz queda.

-¿Y no os dijo dónde lo guardaba? ¿Quizás en la Casa de Contratación?

-No, ya no volvió a contarme nada, lo que sí recuerdo es que el día que lo despacharon hallé a un cerrajero cambiando la cerradura del bargueño que tenía en su sala.

-¿Le habéis contado esto a alguien más? -le interrogó ostensiblemente alterado.

-Por mi honor, que solo os lo he relatado a vos □juró el numerario, temblándole el tono de voz.

-Tuerto tráenos de ese vino que tienes guardado para los amigos de calidad, que quiero invitar a nuestro viejo camarada. Se merece una buena bienvenida después de salir vivo del agujero. Siéntate aquí conmigo.

Después de que tomara asiento, se hizo un silencio muy largo. Ruy estaba algo melancólico y ausente.

-¿Qué sucede hombre de Dios? Estás muy callado. Si te incomoda, me esfumo -preguntó Saturno.

-No, quédate, no te vayas.

-Bueno, compadre tus cuitas las arreglo yo presto.

Se sacó el mazo naipes de la pechera, poco después vino el tuerto con una botella de Guadalcanal y se dispusieron a jugar al siete.

-Os acordáis hermano, de nuestras correrías con Pablo. Qué tiempos aquellos. Las damiselas caían a nuestros brazos y sus maridos se iban a criar malvas con una sola estocada nuestra y cuando desplumábamos a algún inocente, como el viejo tonelero, ¿Os acordáis? Allí le dejamos agraviado y enojado, casi nos pela las barbas al enterarse por la posadera que los naipes eran falsos. ¿Os enterasteis de lo de Pablo? - preguntó el harapiento.

Se echó al colete el último trago de vino, limpióse en el revés de la mano la boca.

-No ¿Qué le ha acontecido?

-Plegó a Dios que este en la gloria, aunque, a buen seguro, que esté en el purgatorio o quemándose en las llamas del averno, pobre camarada - sentenció el muy truhan.

-Por las llagas de Cristo, ¿qué le sucedió? ¿Lo mataron?

-No que va.

-Entonces, ¿qué fue de él? -preguntó el espadachín.

-Se lo llevaron las fiebres tercianas.

Llegose a la taberna otro conocido de los tres, era un viejo poeta que malvivía de los versos que escribía. De rostro enjuto, traía una capa raída y muy remendada, las calzas parecían roídas por los ratones, cubría su cabeza un triste sombrero sin toquilla.

-Buenas os dé Dios, poeta -le saludo Ruy-. Venid a sentaros y contadnos a cuantas damiselas habéis enamorado con vuestros poemas.

-Viejo amigo, no os burléis de mí, las damas no se fijan en un miserable como yo.

-¿Os acordáis de Saturno?

-Como me iba a olvidar del mayor fullero de la corte de pícaros que puebla Sevilla-afirmó el poeta.

-¡Dadme un abrazo amigo mío! -exclamó el tahúr.

El poeta se sentó en el taburete que quedaba vacío.

-Y bien ¿Cómo os van las cosas? ¿Qué hacéis que no os conseguís un Mecenaz?

-Ese sería mi gusto, pero es me la fortuna contaría pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdí.

-Bueno, bueno, brindad con nosotros y olvidad las penas -celebró Ruy.

-Caballeros juguemos al tresillo.

Y mientras le daban uso a la desencuadernada, dos forasteros que estaban de paso, decidieron probar suerte, pidieron un lugar en la mesa. Saturno y sus compañeros les acogieron de buen grado. Los pobres no sabían lo que les esperaba. Al menguar los dineros asomaron miradas de codicia, se escaparon unos cuantos suspiros y no pocas blasfemias. En menos tiempo que el que se envían almas al averno, Saturno les había ganado treinta reales y cuarenta maravedís, que fue como darles treinta lanzadas y cuarenta pesadumbres.

-Habéis hecho trampas – bramó uno de los dos caballeros.

-Dios me libre -respondió Saturno.

-Pardiez, mentís como el bellaco que sois.

-Retirad esas palabras u os pueden costar muy caras -sentenció Ruy.

-Por mi venerable madre que sois unos fulleros.

-Vos lo habéis querido, no queda sino batirnos -anunció el espadachín apurando el resto de vino.

Se puso en pie derribando algunas botellas vacías que reposaban sobre las tablas de al lado, la mano en la empuñadura de la espada, un palmo de acero pondría las cosas en su sitio.

Los desconocidos hicieron ademán de desenvainar sus floretes, la reacción no se hizo esperar. El tuerto lanzó la tizona por los aires que recogió Saturno.

Por no destrozar la taberna a su amigo y compañero de fatigas, Saturno y Ruy hicieron ademán de salir a la calle.

-Por aquí caballeros, no vayamos a estropear la taberna a nuestro amigo.

Ruy había sido un esgrimidor terrible en su mocedad y con Saturno como pareja de baile, el resultado era seguro. Con las capas liadas al brazo zurdo y las desnudas tizonas en el diestro brazo, batíanse enardecidos. De los cruzados aceros en golpes feroces saltaban chispas. Oyeronse pesias y epítetos sobrecogedores. Los combatientes acusaban el cansancio de sus mandobles y tiradas a fondo. En el peor momento, una de las aceradas lenguas con punta y filo, se ensartó en la manteca caliente del pecho del adversario de Ruy.

-¡Voto a Dios que tengo sed! El ejercicio me ha dejado seco el gaxate, tuerto tráete otra botella que vamos a despacharla, mis amigos y yo - exclamó Ruy.

-Esto vuelve a parecerse a nuestros años de mocedad – sentenció el poeta.

-Sí –dijo el tabernero –hace tiempo que no me deleitabais con un espectáculo así. Gracias hermanos por haber pensado por una vez en mi negocio, antes no erais tan considerados.

-Antes no nos daba tiempo ni para santiguarnos -bromeó Ruy.

Al finalizar la velada, tanto hablaron y bebieron los tres buenos amigos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed. Otro día amanecieron cansinos, la noche anterior se quedaron pegados a las tablas, y ahora les dolía todo el cuerpo.

-Tuerto déjanos recostarnos en un rincón o de lo contrario no sé qué va a ser de nosotros, necesitamos un jergón donde descansar.

-Tomad la llave.

Subieron los tres a un cuartucho, Saturno y el poeta hicieron los honores a la luz de un velón de sebo, el lecho para Ruy y el duro suelo para ellos. No salieron del cuarto hasta mediada la noche; sentaron sus posaderas en los taburetes y llamaron al tabernero.

-Tuerto, tráenos una botella de vino de lo caro -pidió el poeta.

-Eso está hecho -respondió-. Inés, ve a la bodega a por una botella de Alanís.

Se alejó la moza a su recado con un movimiento de caderas que siguieron con los ojos todos los allí congregados. Fue Saturno quien formuló la pregunta.

-¿Tuerto?

-Que mandas viejo amigo.

-¿Cómo es que no tenéis aquí a unas muchachas que deleiten los ojos y otros menesteres a los que por aquesta taberna pasan?

-Las hembras siempre traen follones, y yo, ya no quiero más en esta bodega.

-La falta de ellas hará que los clientes se vayan en busca de daifas -señaló el poeta.

-Erráis de todo en todo. Aquí no habrá hembras pero se sirven los mejores caldos de la ciudad. Y como es menester todo el que quiere bien beber pasa por aquesta taberna, aunque luego vaya a otra en busca de coimas.

-De ese parecer soy yo -apostilló Ruy.

-Si lo que buscáis compadre son buenas meretrices, dijo el poeta, vayamos al Compás de la Mancebía.

-No se hable más, encaminemos nuestros pasos hacia allá.

-Muy aprisa has hablado, ¿traéis dineros encima? - dijo Saturno.

-No traigo ni un ardite en el bolsillo.

-iPor las llagas de Cristo muchachos, vayamos hacia allí!, ha unos días recibí un dinero por un encargo bien hecho - dijo Ruy.

Después llegaron a la mancebía del Toscano donde tendrían hembras a tropel.

-Hemos llegado.

IV. EL COMPÁS DE LA MANCEBÍA

Don Miguel estaba soliviantado, las mancebías no eran lugares de su agrado, pero el alguacil había insistido que fuese allí donde se entrevistasen, pues si tanta era la premura, que mejor lugar donde conseguir a la gente que precisaba para el encargo. El corchete parecía que no tenía prisa en asomar su careto por allí. Por fin irrumpió en el burdel e hizo las saludes.

-Buenas noches nos de Dios, don Miguel. Y bien, aquí me tenéis, ¿que se os ofrece? -preguntó el alguacil.

-Buenas noches tengáis, necesito una serie de rufianes que hagan un encargo por mí y que empiecen la faena mañana mismo.

-Y, ¿de qué catadura los queréis? ¿A cuántos tienen que despachar?

-No, no se trata de despachar a nadie, necesito encontrar a alguien y a la

-¿Es qué queréis matarme de sufrimiento? -preguntó el mercader-. Yo que pensaba que mis cuitas habían acabado. Pero ¿cómo es posible? vuestro mentor me dio muy buenas referencias de vos, me confirmó que siempre cumplíais con los encargos.

-Y así será.

-No, no estáis hablando en serio, esto tiene que ser un mal sueño.

-No, no lo es, el muy truhan del escribano me engañó, me hizo creer que la llave que llevaba consigo era la del bargueño de la Casa de Contratación, mas debió de cambiar la cerradura, pues temía que hurtásemos el documento y así no sacar provecho, esta vez fue más listo.

-Entonces, ¿no pudisteis abrir el bargueño?

-No, pensé que yo sola podría hacerlo con la llave, pero ya veis, hubiese sido mejor forzar la cerradura, más no tenía tiempo, los porteros iban a entrar a la sala y me hubiesen descubierto.

-Estoy perdido, yo que pensé que podría quemar el documento y dejar atrás mis pesares -lloriqueó don Diego-, con los dineros que gaste para aparentar ser un cristiano viejo.

Como muchos mercaderes y banqueros portugueses que se habían establecido en la corte y en Sevilla, Don Diego no era de sangre limpia, en su genealogía familiar figuraba una rama judía.

-No os aflijáis, yo siempre termino mis encargos y juro por Dios que os entregaré ese documento, aunque me vaya la vida en ello.

-¿Y cómo pensáis obrar?

-Como lo tenía que haber hecho desde el principio, forzar la maldita cerradura y traer el documento. Más ahora que lo pienso, ese ladino de escribano tal vez me quiso confundir y el documento no esté en la Casa de Contratación, puede ser que se encuentre en otro lugar, si en el bargueño no está lo que buscamos, tendré que revolver en su hogar.

-Pues que así sea, por favor daos prisa, me temo que si fue astuto para engañaros, también pudo serlo para dejar instrucciones por si le pasaba algo y alguien más es conocedor de mi secreto. Averiguad lo que sea, porque en ello va mi vida y mi honra.

-Sosegaos, os prometo que os sacaré de este trance -se comprometió la dama-. Quizás necesite más maravedís para contratar a unas coimas y algún matasiete por si la cosa se pone fea.

-Aquí tenéis la bolsa que llevo, no reparéis en gastos, mi vida está en vuestras manos, esta vez no me defraudéis.

-No lo haré, si no mal rayo me parta en dos -sentenció Francesca-.

Mañana mismo iré a la Casa de Contratación, pagaré a unas coimas para que entretengan a los alguaciles y así aprovechar para abrir el viejo escritorio.

-Avisadme de vuestros progresos, utilizad a un esclavo renegado que os mandaré al alba, podéis fiaros de él, no dirá ni una palabra, le cortaron la lengua y además no sabe leer.

-Adiós vayáis pues, don Diego.

-Con el quedéis, señora.

tengáis que cubrir las espaldas a un escalador, mientras este ejecuta su trabajo.

-El negocio es delicado, no es nada baladí -decretó-. ¿Y si algo sale mal?

-Es mejor por vuestro pellejo que nada salga mal.

-Me gustaría saber a quién vais a favorecer – inquirió Ruy.

-A Alonso es el mejor escalador y cicatero que tiene esta cofradía.

-Es muy joven, ¿no sería mejor que nos acompañase alguien más curtido?

-Razón de más para que sea él, la juventud es una virtud a la hora de ser ágil por los tejados y ventanales.

-Más la experiencia hace que no se caiga en errores que ya se conocen.

-Para eso os tengo a vos, quiero que capitaneéis esta empresa -replicó el jefe de los hermanos del Arenal.

-A mi me acomoda.

-Mañana hablaré con Alonso y con los dos avispones que necesitaréis para que sean vuestros ojos y den con el agujero donde se encuentra escondida la comadreja.

-Creo que me va a gustar este trabajo -murmuró Saturno por lo bajini.

-Y ¿os ha dicho a quién tenemos que buscar y de qué documento se trata?

-interrogó Ruy.

-Cada cosa a su tiempo. Los detalles os lo dará el mismo, el alguacil os conducirá a un almacén que don Miguel tiene en el matadero, yo no sé nada más ni quiero saberlo, haced bien vuestro trabajo y se os recompensara con buenos dineros.

-Sería bueno que precisarais cuánto dinero contante y sonante vamos a recibir.

-Los pormenores del asunto os los aclarará otra persona, en estos tiempos que corren es pecado saber en demasia. Tomad estos sesenta maravedís, han pagado por adelantado una parte.

A Ruy no el gusto nada que le pagaran por tiempos, le complacía más que lo hicieran de golpe. Al contrario que al sargento, a Saturno ese dinero le aliviaba sus pesadumbres que eran muchas.

&&&&&&&&&&

Esa misma noche, Floresta y dos comadres más, se arrimaron a la Casa de la Contratación, iban vestidas con sus mejores galas y llevaban el cesto repleto de botellas de vino y otras viandas. Al verlas los alguaciles les dieron el alto. Estaban sentados pues la noche se presentaba tranquila, en una mesa jugando a Juan Tarafe, nombre con el que conocía el juego de los dados. Uno de los porteros, hacia guardia en la entrada. Floresta con esa verborrea que sabía esgrimir con mucho arte, les habló así:

-Tengan vuestras mercedes la gracia de darnos el gusto de probar las viandas que hemos venido a ofrecerles y este bonísimo vino que hemos traído para que se calienten, pues de todos es sabido que por estas fechas las noches son frías.

Los hombres sentados, dejaron sin terminar la partida y se levantaron. Destaparon el cesto para ver si era cierto lo que les prometían.

avispones le preguntaron por la empresa, este los acalló diciendo que presto lo sabrían.

Al llegar al silo, no esperaban encontrar allí a don Miguel Mañara acompañado de dos espadachines. El muchacho reconoció a uno de ellos, era Ruy Álvarez Santa Cruz, el antiguo sargento de los tercios de Flandes, uno de los pocos que volvió con vida de Rocroi, su fama le precedía. De él decían que era hombre valiente y vivo. De cuerpo fornido, las cicatrices y arrugas endurecían su rostro y su tupido mostacho le daba un carácter aguerrido que hacía estremecerse al más ahigadado.

La empresa tenía que ser harto delicada para que el mismo noble les pusiera en antecedentes. Un hombre como aquel, inteligente y culto pocas veces se rebajaba a tratar directamente con unos rufianes como ellos.

-Como ya saben señores están aquí porque necesito de sus servicios para encontrar a cierta dama que se hace pasar por una meretriz bautizada Floresta -les informó don Miguel.

-¡Válgame Dios!, ¿no es esa la coima que dicen que acabo con la vida del escribano real? -preguntó Saturno.

-La misma, mas señores no se engañen, no es una coima, me temo que es una dama que presta sus servicios a don Diego Paiva.

-¿Al mercader portugués?

-Sí, ha ese infame.

-Vuestras acusaciones son graves -

puntualizó Ruy.

Don Miguel parecía meditar las últimas palabras del espadachín.

-¿Y por qué asumís que es así? - pregunto Ruy.

-Porque uno de los funcionarios al servicio del escribano, me ha confiado la última conversación que tuvo con don Antonio, en ella, este le confesó que temía por su vida, pues había llegado a sus manos un documento que haría que don Diego Paiva perdiera el favor del Rey. El escribano le hizo jurar al oficial que si algo le ocurría solo me lo contara a mí.

-Y ¿qué razón tenía para ello?

-Sabía que yo no dejaría escapar una oportunidad así para verle caer.

-¿Y de qué documento se trata?

-No lo sé -respondió el noble.

-¿Y cómo vamos a dar con él? - preguntó Saturno.

-Hay que encontrar a la dama - aventuró Ruy.

-Estoy con vos.

-Mi plan inicial, es saber si el documento está en su poder. Mandé al oficial a comprobar que el papel siguiera en el bargueño que el escribano tenía en la Casa de Contratación. Fue él quien me puso en antecedentes, pues me confesó que el mismo día del deceso del escribano, este mandó trocar la cerradura, lo que no sabemos de cierto es si la dama en cuestión le robó la llave una vez muerto. Después de revisar el bargueño, no encontramos ningún documento que guardara algún sombrío secreto sobre el portugués. No sabemos si el escribano desconfiando, lo ocultó en otro sitio o si la coima lo ha hurtado.

-Yo os sacaré de dudas.

-Cristo bendito, ¿cómo es posible? □inquirió el noble.
-En las gradas escuché que en la anocheada irrumpieron en la Casa de Contratación. Al portero que hacía guardia le dieron un golpe fuerte en la cabeza y han encontrado todo revuelto y documentos desparramados por el suelo -anunció Alonso al resto de los allí reunidos.
-Esta noticia nos revela...
-Que ella estuvo allí.
-Y que no encontró lo que buscaba, pues según vos hace dos días ningún documento comprometía el honor de don Diego.
-Una vez revelados los últimos detalles de este asunto, es de vital importancia que empiecen el encargo aprisa, pues por lo que sabemos la dama nos lleva ventaja.
Dicho lo cual, Ruy mandó a uno de los avispones que hiciese averiguaciones por la mancebía y al otro le pidió que se apostara cerca de la casa de los Paiva y que siguiera a don Diego o a la dama si se llegaba a la mansión. Él y Alonso se encaminaron hacia la casa del finado, para conocer el terreno donde iban a faenar y a Saturno lo envió a hablar con el portero herido, por si podía darle algún detalle más esclarecedor sobre la mujer que le golpeó.

V. LA CASA DEL ESCRIBANO

La casa del escribano se encontraba cerca de la Plaza de San Francisco, lugar donde se desarrollaban los autos de fe de la ciudad. Una criada abrió la puerta y se encontró en el rellano con una joven que preguntaba por la viuda.

-Buenas os de Dios, querría hablar con la señora de esta casa solariega - solicitó Francesca.
-Y ¿con qué propósito? -preguntó la criada.
-Acabo de llegar a Sevilla y me veo en la necesidad de trabajar.
-Pues tendrás que esperar a que dentro de dos días la viuda del escribano vuelva a la ciudad. Está en Osuna, su hermana se la llevó al campo a pasar uno días después del sepelio.
-¿Tampoco está el mayordomo que dirige a los domésticos?
-No, estos días estoy yo sola. La casa no la gobierna un mayordomo, si no un ama de toda la vida que ha partido con doña Mercedes. Tendréis que esperar un par de días o buscaros la vida por otros lares.
-Mil gracias, por vuestra atención.
-No las tiene.

Francesca hizo que se alejaba del lugar y cuando vio que la criada cerraba la puerta, se volvió a inspeccionar más de cerca la casa, quería hacerse una composición del lugar. Era menester localizar otras entradas menos vistosas para introducirse por ellas, encerrar a la pobre muchacha y ocupar su lugar, para así no levantar sospechas y campar a sus anchas por la casa buscando el objeto cudiciado. Pero primero tenía que hacer otra cosa, buscaría al esclavo del mercader. Don Diego dijo que podía encontrarlo por las mañanas en el almacén que poseía en Triana. Tenía que avisar al portugués del plan que había trazado y alertarle de que los

intentad entrar en ella, llevaros a otro espadachín con vosotros, por si la cosa se pone fea □dictaminó el jefe de los cofrades.

-Que me place, a buen seguro que la dama lo intentará de nuevo después de no encontrar nada en la Casa de Contratación.

-Me temo que no irá sola, llevará consigo algún matasiete.

-¿Y qué tenéis pensado hacer?

-Aprovecharemos la baza que tenemos. Alonso entrará por la puerta de la servidumbre una vez que la moza piense que el que llama a la puerta es su enamorado. Al abrirle, dirá que es un amigo de su hombre y le pedirá que le entregué algo que se dejó el día anterior en la alcoba de su señora

-aclaró Ruy.

-¿Y una vez dentro?

-No lo sabremos hasta que estemos allí.

-Mandaré al alguacil al palacio de don Miguel, para darle noticias de nuestros progresos.

&&&&&&&&&&&&&&&&

En la mansión solo se escuchaba el crepitar del fuego de los fogones, Francesca se acercó a la joven y le dijo así:

-Agora os voy a quitar la venda de los ojos y la mordaza de vuestra boca, no quiero que gritéis, si os portáis bien no os haré daño. Estoy aquí porque necesito recuperar un documento que compromete a un rico mercader y que cayó en manos de vuestro señor -dijo Francesca.

La joven la miraba con recelo, no daba crédito a lo que oía. Ese había sido el motivo de su muerte, un simple papel era el causante del asesinato del escribano. A buen seguro a manos de esa pérfida mujer.

-¿Y cómo sé yo que después de ayudaros no haréis conmigo lo mismo que le hicisteis al escribano? O me equivoco ¿Fuisteis vos verdad? -le gritó la joven.

-Sí, fui yo, para que negarlo, más murió por ser un cudicioso, no se conformó con lo que el mercader le ofrecía, quería más y nos burló a los dos.

-No me queda otra que fiarme de vos ¿no es así?

-Así es, os prometo que no os pasará nada, ayudadme a encontrar los estatutos y yo os dejaré con vida.

-Así sea, pero primero soltadme o de lo contrario no os podré conducir a donde puede que estén.

-No me la juguéis o lo pagaréis caro -amenazó Francesca.

-No lo haré, en ello me va la vida.

Francesca la soltó y mandó al matasiete a las cocheras a descansar, ahora no lo necesitaba y no se fiaba que una vez dieran con el objeto ese rufián no se lo robara a la fuerza. La fámula condujo a la asesina hacia los aposentos del escribano y la viuda.

-Buscamos los estatutos falsos que dan fe de la limpieza de sangre de don Diego de Paiva, ¿creéis que pueden estar en la alcoba?

-Podría ser, miremos en el escritorio y en ese arcón, alguna vez le vi sacar papeles de ellos.

-¿A dónde crees que vas muchacho? ¿es que acaso creías que una patraña tan mal urdida te iba a dar resultado? -inquirió la arpía-. Y tú ¿por qué le has dejado entrar? te advertí que no me la jugaras. ¿qué pensabas, que este buen mozo te iba a salvar? que necia has sido, pagarás por ello.

El silencio de la noche se rompió con el sonido que se produjo al entrecocar dos aceros. Ruy supo a un punto que algo no había salido como esperaban. En la casa se encontraba alguien más que la criada y tuvo la certeza de que Alonso corría peligro. Empujaron la puerta, franqueándola en la oscuridad. Al entrar en las cocinas olfatearon el dulzor nauseabundo de la sangre, mezclado con sudor, encontraron a Pedro tendido en el suelo, tenía una daga atravesada, su respiración era débil y entrecortada, más era imposible hacer nada, si le sacaban la daga se moriría. Al vislumbrar luz en la biblioteca, subieron conteniendo el aliento hacía allí, entonces escucharon una voz femenina que decía:

-Muchacho hablad o este de aquí te hará cantar. ¿Quién os manda a por el documento? ¿por qué estáis aquí? por la falsificación de los estatutos de limpieza de sangre de don Diego Paiva ¿verdad? -amenazó Francesca.

Se oían sollozos, a buen seguro serían de la criada. Por las palabras de la mujer serían cuatro en la estancia. Alonso, la criada, ella y algún matasiete que habría contratado. Tenían que actuar con premura o a buen seguro su amigo moriría a manos de ese demonio con ojos de gato. Le pidió a Saturno que distrajera al matasiete, él trataría de salvar a la criada y a Alonso. Se oyeron crujidos en los peldaños de madera de la escalera.

-¿Qué ha sido ese ruido? -preguntó Francesca-. Acabáramos, no habéis venido solo. Tú, mira a ver qué ocurre y despacha a sus compinches. Y ahora, vais a decirme quién os ha contratado.

-Tengo una memoria infame.

-Así que sois de los olvidadizos -lo miró un momento sin decir nada, después se acercó al mozo y le puso la daga en la garganta.

-Antes muerto que descubrir el nombre de quien me ofrece buenos dineros -se reveló el joven.

-Tiene hígados, el mozo -soltó a bocajarro, sintiendo como unas gotas de sudor recorrían su espalda-. Como gustes, mas antes decidme ¿dónde están los estatutos?

-No lo sé.

-Me estáis engañando, bueno si no teméis por vuestra vida ¿qué os parece si empiezo por la de esta joven?

Acto seguido se aproximó a la criada y le puso la vizcaína al cuello, ese movimiento fue el que aprovechó Ruy para entrar en escena y cortar las ligaduras de su amigo. Mas Francesca se benefició de la ayuda que Ruy brindaba al muchacho, agarró a la joven por los pelos y la condujo hacia las escaleras. Abajo la esperaba Saturno que acababa de dar matarile a su adversario. Su única baza era la joven, no se atreverían a nada contra ella si la retenía contra su voluntad.

-Ruy puedo hacerlo -dijo Saturno, mientras la apuntaba con una pistola bien cebada.

-Sea -sentenció el viejo soldado.

-No -gritó Alonso-. La matará, dejad que se vaya. No os dais cuenta, ya

esta sentenciada, no ha conseguido recuperar el documento para don Diego. El portugués caerá, pero antes mandará a algún matasiete para que se encargue de ella.

El viejo soldado digería las palabras del bravo muchacho, volvió su mirada hacia el crispado rostro de la criada. Se movió un poco, apretando los dientes y sin más miramientos se dirigió a la mujer con estas palabras:

-Soltadla e idos, y dad gracias a que mi amigo a pesar de ser un rufián ha demostrado ser más honorable que los que así se hacen llamar y por salvar a esta joven os perdona la vida, mas ni se os ocurra volver a intentar recuperar el objeto, porque de lo contrario os juro por mi honor que mi mano no temblará pesa a vuestra condición de mujer, porque aquí donde mis compadres ven a una hermosa mujer yo veo a un ángel negro venido del averno. Saturno dejadla pasar.

-¿Estáis seguro?

-Hacedlo y no me repliquéis.

Francesca echo a Ruy una mirada cargada de odio, soltó a la joven, y antes de salir de la casa vociferó estas palabras:

-Juro que un día me las pagaréis -aulló Francesca, como un animal acorralado.

-Quizás cuando los dos ardamos en el infierno por nuestros pecados - respondió Ruy.

Bajaron a las cocinas a socorrer a su compadre, este moría silenciosamente, tenía el rostro ceniciento, un charco de sangre se extendía a su alrededor, tenía otra herida muy fea en el costado. Solo quedaba sacramentar de urgencia. Saturno apoyó la cabeza del moribundo en su regazo y le hablo quedamente.

-Llégate a Santa María la Blanca-dijo el sargento- y busca un cura para Pedro.

Para cuando quiso llegar el pater, el pobre desgraciado exhalaba su último aliento, Saturno le había sacado la daga, taponándole el boquete con un lienzo que se sacó de la faltriquera.

Al volver al cuartel con el documento recuperado, Ruy iba muy callado, sus pensamientos le llevaron a recordar lo ocurrido en la casa. «Era curioso, por fin después de varios años había encontrado un rival a su altura, tenía que reconocer que la mujer demostró tener más arrestos que muchos hombres. Una pena no volver a verla, aquella gata habría hecho que la sangre volviera a correr por sus venas como en sus tiempos de mocedad. Hubiese sido bonito tener una hembra así a su lado, mas nunca a su espalda por lo que le pudiese acontecer».

VI. EL MISTERIOSO PASAJERO

A los pocos días de recuperar los falsos estatutos de limpieza de sangre y entregárselos a don Miguel, el engaño salió a la luz, y todo Sevilla se enteró de que don Diego de Paiva, no era el cristiano viejo que todos pensaban, su limpieza de sangre no era absoluta, su bisabuela fue expulsada de España con el resto de judíos por los Reyes Católicos y emigró a Portugal, y su madre siguió profesando a escondidas la religión

de sus antepasados. Don Miguel Mañara por fin logró vengarse de su enemigo y el rey Felipe IV supo sacar tajada de todo aquello, firmando un decreto confiscándole al portugués todos sus bienes y obligando a él y a su familia a exiliarse de sus reinos.

De Francesca no se supo más, a buen seguro aparecería algún día flotando en las aguas del Guadalquivir. Don Miguel por su parte cumplió con su promesa de recompensar en demasía a todos los partícipes del encargo y así fue como Alonso por fin se decidió a partir al Nuevo Mundo, quería poner fin a sus días de cicatero y cumplir la promesa que le había hecho a Fray Bernardo, a pesar que sintiera una inmensa pena por dejar su tierra.

-Me alegro de haberte hecho caso y no haber echado a mi conciencia la muerte de esa pobre criada -confesó Ruy después de tomarse un cuartillo de azumbre.

-Tomasteis la decisión correcta.

-¿Y ahora muchacho que harás con los dineros que hemos recibido? no tengas prisa por gastarlos, no seas como Saturno que entre coimas y tabernas se ha ventilado los maravedís en dos días -le aconsejó el espadachín.

-No, voy a cumplir un juramento -le reveló Alonso.

-¿Y cuál será?

-Llevo años pensando en mudar las aires, mañana parto hacia el Pirú, quiero empezar una nueva vida allí y tal vez algún día pueda volver a Sevilla como un rico indiano.

Alonso leyó la aprobación del viejo soldado en sus ojos. Después le puso una mano en el hombro.

-Buena suerte muchacho, a pesar de ser todavía un zagal, no dudo que algún consigas lo que deseas, si con tu sagacidad has sido capaz de sobrevivir en esta ciudad de miseria, ladrones, coimas y rufianes y hacerte un hueco entre ellos, que no harás en ese Nuevo Mundo. Eso sí, debes cuidar tu pellejo, nunca se sabe a dónde van a apuntar los dados.

-¿Y vos que haréis? -se interesó Alonso.

-Lo único que sé hacer, luchar, matar, he sido soldado durante veinticinco años, si no muero en la guerra por mi patria y por mi rey aunque este no se acuerde de sus tercios, moriré en un callejón oscuro de alguna cuchillada.

-Venid conmigo -le rogó el joven.

-¿Para qué? -dijo, dándole un cachete cariñoso-. Sois un muchacho valiente y juicioso. El valor es a veces lo único que nos queda, recuérdalo siempre.

-¿Es que acaso tenéis a alguien aquí que os espere?

-No -respondió Ruy.

-Pues protegedme y yo a cambio os pagaré. Un día seré rico y necesitaré a alguien que me cubra las espaldas y quién sino que el mejor espadachín del reino. Pensadlo, mañana os espero en el muelle, el barco se llama Buenaventura.

-Está bien, lo pensaré -sonrió el viejo soldado.

-Hasta mañana pues -se despidió Alonso.

El Buenaventura iba a zarpar, Alonso echó una última ojeada entre la multitud que se arracimaba a despedir a sus seres queridos, acto seguido subió al barco y cuando ya perdía toda esperanza de que su amigo se uniera a la aventura lo vio poner un pie en el puente, su corazón dio un vuelco. Eran apenas unos días los que habían estado juntos, pero Ruy había tomado cariño al muchacho. Alonso se le representaba como el hijo que nunca tuvo y por ese motivo decidió acompañarlo, sentía que debía protegerlo. Aunque no era hombre aficionado a expresar sus sentimientos sintió la necesidad de darle un fuerte abrazo.

-Me alegra que os hayáis decidido uniros a mí, así el viaje se me antojará más breve en vuestra compañía -dijo el chico regalándole una sonrisa.

-¿Es que acaso has dudado por instante que no te acompañaría?

□respondió Ruy emocionado.

Los dos rompieron en una carcajada estruendosa. En el otro extremo del barco un joven no les quitaba el ojo de encima desde que embarcaron, era de buena planta y gallardo, llevaba un jubón color hueso, sobre él un colete marrón, botas altas y cubría su testa con un sombrero de ala ancha que se quitó con mucha gracia al pasar una joven dama a su lado. Este movimiento dejó al descubierto un rostro armonioso con unos hermosos ojos verdes que brillaban como esmeraldas.